

Borroso viaje sentimental

Adán Medellín



Accidente de un Opel Olympia cerca de la Puerta de Brandenburgo, en Berlín, 1939. Fotografía: de FPG / Archive Photos / Getty Images

ALGUIEN SE LO TIENE QUE DECIR, primer libro de relatos de Juan Manuel Villalobos (ciudad de México, 1972), plantea su faro de unidad en lo diverso: el viaje por la geografía física y sentimental de un periodista y aspirante a escritor que vaga por el mundo con un equipaje de desgracias personales: una familia dividida, muertes de seres amados, relaciones fallidas con mujeres que concuerdan con las distintas coordenadas de su periplo. Austria, Francia, España, México y Estados Unidos se acompañan de sus variantes femeninas: Camille, Betty, María, Lenka.

En principio, el viaje narrativo se construye sobre bases sólidas. Los tres cuentos iniciales anclan la propuesta con un estilo sobrio y lacónico, apoyado en la elipsis, el sobreentendido y la suspensión del final. Intuyendo el desenlace, el lector se involucra en los destinos trágicos con la sabrosa virtud de la insinuación. Con sapiencia, Villalobos deja que el lector imagine el peor de sus mundos. Y es que la certeza ciega de lo inevitable puede ser el peor de los infiernos.

La narrativa de *Alguien se lo tiene que decir* explora el motivo del *accidente* en la vida humana, ese instante en que las existencias se trastocan y lo terrible se nos revela en su salvaje desnudez. El accidente es literario

porque provee un punto de tensión innegable en toda historia. Su brumosa aparición rompe la continuidad lógica en la secuencia narrativa, impone el azar como forma de destino y cuestiona la razón como articuladora de la existencia. Villalobos lo comprende: “Invierno en Viena” relata la angustiada desaparición de una niña, mientras “Porto de Barqueiro” muestra la ambigüedad de una relación desgastada que se da una nueva oportunidad en un día de vacaciones, sin descartar la posibilidad de paliar sus frustraciones en nuevos cuerpos.

“Versalles”, el tercer cuento, narra la relación de fragmentos, encuentros, distancias e indecisiones entre el narrador protagonista y Camille, una francesa veinteañera. El texto explora la dolorosa conciencia de la fugacidad del tiempo, un *memento mori* que se revela con una muerte intempestiva, recurso que consigue su mayor dramatismo cuando le ocurre a una amante joven y hermosa. Acaso develando un terror más hondo, el de la conciencia del fin que nos aguarda, el narrador se obsesiona con el último aliento de seres que parecen llenos de vida. Sorteando el resbaloso terreno de las historias de amor, la voz narrativa sufre la tentación de lanzarse al abismo cursi o melodramático, pero logra sostenerse por la contraposición entre las imágenes femeninas de belleza y frescura, y las del asesinato violento de la amante; así como por el uso de símbolos como los aviones, esas idas y vueltas del vivir moderno.

La condición errante del personaje se apuntala en esta triada de historias. Su protagonista común se suscribe a la sentencia de Macbeth: “La cotidianidad engendra el desprecio”. Camille, su pareja del momento, lo describe así: “Sé que siempre estás huyendo.

Yo también te quiero, pero haces todo lo que está a tu alcance para esconderte”. Se trata de un cultivador de la fuga, la pérdida y la distancia. En su intento por aprender el oficio, toma notas para un futuro cuento, viviendo la paradoja simultánea de vivir escribiendo o escribir lo vivido, experimentando la vida como un acto narrativo que debe ser registrado al instante. En la conclusión, el protagonista regresa a la lista que había mostrado a la amada muerta en su última cita, con la que pretendía contar la relación entre ambos, como si con esa escaleta vital pudiera dar orden y sentido al hecho absurdo, azaroso y terrible que constituye el asesinato de Camille. “Versalles”, el cuento más lírico y más extenso del libro, es quizá también el más redondo del conjunto.

Por desgracia, luego de estos aciertos, las batallas ganadas de unidad, interés, temática y personaje sufren un retroceso. Entramos en la etapa australiana del protagonista. Lo oímos narrar la frecuente infidelidad y las desilusiones amorosas en la edad madura. Pero algo se desajusta. La voz narrativa parece sentir que debe darle algo al lector. Una lección de vida sentimental acorde con la edad, un manual de las frustraciones por venir enmarcado en un pretexto narrativo.

En adelante, la imposibilidad de vincularse verdaderamente con los otros, sean parejas, familiares o amigos, o incluso empleos, tomará mayor fuerza. El secreto, lo no-dicho, excava abismos ante el prójimo. “Hombres” narra una reunión entre treinteañeros que filosofan sobre el amor y sufren el choque de los estereotipos sexuales masculinos y femeninos. Estos machos y hembras creen saber lo que el otro sexo piensa, pero eso no los exime de acercarse a los demás con una dosis de miedo o desconfianza.



Juan Manuel Villalobos
Alguien se lo tiene que decir
México, Tumbona Ediciones
2012, 128 pp.

“Periodistas” se enfoca en el oficio informativo y relata un nuevo enfrentamiento: las ilusiones perdidas de la vocación periodística social y de comunicación objetiva, y su terrible transformación en mero regodeo sensacionalista. Asqueado de este mundo, el personaje opta por el alejamiento y escapa de la sangre fría del periodismo de sucesos y accidentes que se aprovecha de un choque carretero en las afueras de Valencia.

Aunque el concepto y los gestos del alma del personaje permanecen pese a las distintas nomenclaturas geográficas, el volumen ya lucha consigo. La confusión del lector llega por los súbitos cambios de nombre del protagonista en los siguientes cuentos (Juan, Bernardo, Matías); y por el uso del dialecto madrileño en un protagonista mexicano. Y no es que se busque una falsa neutralidad idiomática. Cada cual es una lengua y los efectos de su historia narrativa sobre la misma. Pero la parodia involuntaria surge cuando un policía en Texas usa coloquialismos como “palmar” o una australiana dice “joder”, mientras su hermano dice “verga”.

La maldad irrumpe en el libro desde los lazos de sangre en “Malos tiempos”, que narra el delito y la salida de prisión del hermano del personaje principal. Su

existencia suspendida tras las rejas rompe la dinámica familiar y precipita el desastre del clan. Una variación de la vida rota aparece también en “Hablemos del asunto”, donde Sam, el hermano adolescente de Betty, la novia australiana del protagonista, se revela sorpresivamente como una figura malvada, racista y colérica, que perpetrará un delito inexplicable. “King Street” explora un lado más íntimo e individual relatando una experiencia homosexual inesperada; mientras “Distrito Federal” narra el secuestro de unas jóvenes en la ciudad de México.

No obstante, se evidencia cierta carga moral, enturbiada por algunos estereotipos y determinismos sociales, que estorba en la consecución de relatos de interesantes bases anecdóticas. Cuando el narrador se aleja de sí mismo para centrarse en los personajes periféricos de su vida, los destinos más oscuros parecen resultar de una inclinación negativa del individuo en la balanza moral del narrador. Acaso ésta sea la porción más débil, prescindible y menos lograda del volumen. Una última visión de una carretera en Luxemburgo con una joven hermosa que se entera de su padecimiento de cáncer o el brevísimo episodio lírico con una mujer llamada Lenka retoman la esperanza del buen ejercicio narrativo, pero ya no confortan al lector, ese curioso que se acerca entusiasmado por conocer un pequeño país del alma y sus geografías sentimentales, y se marcha sólo con un promisorio vistazo, una señal volátil sobre un mapa. ■